



CUENTOS

Añoranzas



Raimy Rey Reyes Narváez

Estudiante del Programa de Negocios Internacionales

Por última vez bajo un legendario níspero, rodeado de hojas verdes y secas, cruzado de piernas y fumándome uno de los pocos tabacos que me quedaban de ella, recosté mi taburete y comencé a recordarla.

Era solo un chiquillo cuando la conocí, mocosito y arrastrado, pues, bueno, eso pienso yo, realmente era hermoso poder pasar por aquel establo y verla cosiendo alrededor de una fantasía que simplemente denotaban a la distancia, aquellas paredes en las que transcurría casi que constantemente, o doblando sus calillas entre la alegría de un porro. Todo esto en busca de ayudar a su padre a que saliera adelante con el negocio de la familia, que en ese entonces producía el mayor número de plantas de tabaco del pueblo. Un día común, sin gracia e insípido, me trasladaba en mi bicicleta con unas guayabas que llevaba

en mi mochila para doña Rosa Elvira, mi madre; un poco sucio porque venía desde lo lejos de trabajar y la vi sentada en una de las bancas del parque leyendo un libro, lucía un vestido amarillo que me hizo recordar aquellas mariposas que mencionaba Gabo en su novela *Cien años de soledad*, pasé por su lado y le sonreí, ella me miró, pero no hizo ninguna morisqueta siquiera, quise acercarme pero rápidamente llegó su padre a buscarla y se la llevó, no sé cómo ese instante pudo afligirme tanto, pero lo fue, y desde ese momento me dije a mí mismo que mi objetivo era esa mujer.

Pasaron los días y llegaron las fiestas patronales que se celebran cada año aquí en Las Palmas y un amigo me invitó a una de las casetas en donde estaba la gente más influyente del pueblo, precisamente estando Isabel ahí.

Cuando llegué saludé, tal vez las personas no me miraron de buena manera, pero eso no fue impedimento para que mi corazón palpitará de alegría, emoción y de un poco de nervios por verla ahí; ya saben esas cosas del amor. Eran casi las doce cuando por fin después de pelear efímeramente por momentos conmigo mismo decidí acercarme a ella y hablarle, verdaderamente que el mundo no se comprende, la primera vez sin pensarlo quería acercarme, pero esta vez no era capaz. Finalmente le hablé y nos presentamos, comenzamos a charlar sobre nuestra vida entre la bulla, el trago y la algarabía; yo solo quería hacerla reír, entonces comencé a contarle anécdotas y chistes y grandes risas y carcajadas iluminaban su rostro con esas perlas tan hermosas que se notaban a lo lejos dentro de su boca.

Ahora, evocando ese momento en el que muy claramente me acuerdo de que sonaba *Los tiempos cambian* de Diomedes Díaz; y de un momento a otro comenzamos a bailar, no sabía ni qué era lo que estaba pasando por mi mente cuando estuvimos bailando tan cerca y cuando ese olor a flores silvestres se desprendía de su cuerpo, pero lo que sí sabía es que ella era

Cuentos

la indicada. Todo parecía tan perfecto, pero como nunca nada es perfecto, llegó como una corona de espinas sobre nosotros la voz de su padre al decir que era hora de irse, sin embargo, sabía que esa fueron las mejores fiestas que pude haber vivido. ¿Y ahora qué?, me dije, ¿que seguirá?

Pues al siguiente día, cuando venía de donde mi madre nuevamente en mi bicicleta, ya ella me estaba esperando en la misma banca del parque con una hoja entre sus manos, justo al instante que alcé la mano para saludarla, rápidamente comenzó a escribir algo sobre el papel e hizo un avioncito y me lo tiró, fue un momento especial. Decía que nos encontraríamos junto a un molino viejo que lo rodeaban centenares de ceibas, no podría estar más feliz pero no podía entender por qué ella quería verse conmigo a escondidas, no le presté atención, sin embargo, le pregunté qué quería que le llevara y ella me dijo que nada. Muchas veces me dijo que nada para luego terminar diciendo que le empacara unas guayabas como las que llevaba una vez en una mochila cuando llegaba de trabajar al pueblo. Estaba realmente sorprendido, sentía un orgullo inconmensurable, ella sí me miró esa vez y yo estaba equivocado.

Desde ese entonces ese fue nuestro lugar feliz, cada vez que nos encontrábamos yo estaba con mis guayabas y ella con aquellos

tabacos que por la noche hacía con tanto cariño para mí, hasta que un día finalmente fuimos con su padre y después de hablarlo y de muchas discusiones por prejuicios de la misma sociedad, él aceptó lo nuestro. Años siguientes pensamos en casarnos y lo hicimos, bajo esos árboles que fueron la raíz de nuestro amor, eso nunca lo podré olvidar; como tampoco como la gente murmuraba y se burlaba porque nuestra historia llevaba de por medio guayabas, unas simples guayabas. Hasta a mí me da risa, nunca creí que una mujer tan delicada y tan fina como ella recibiera de mi parte solo aquella fruta que sin saberlo desde un principio siempre fue su favorita; ¿y saben? No podría contarles todo lo que sucedió ese día, palabras como estas abrumarían a cualquiera, y es que no es para menos, mis sentimientos hacia esa mujer fueron y son tan inefables que ni siquiera hasta ahí se podría reducir mi amor; hoy ya ella no está conmigo, es un lucero que me espera en el cielo, mi luz, la que ilumina mi camino, mientras tanto yo sigo aquí, sentado viendo cómo pasa el tiempo y recordándola desde lo más profundo de mi corazón. Isabel, Isabel cuánto te amo y te extraño, me duele decir esto pero...solo hubiese querido que nuestra historia sí hubiera terminado así y no simplemente fuese un invento de mi imaginación. Ya entiendo por qué Joaquín Sabina decía que no hay peor añoranza que añorar lo que nunca jamás existió.

Foto de Mathias Reding: <https://www.pexels.com/es-es/foto/hombre-sentado-parque-sillas-14045052/>



Un hombre que eructaba flores



Brigiet Loraine Machado Gómez

Estudiante del Programa de Derecho

Ahí estaba, sentado en la última esquina del pueblo, por una extraña razón le gustaba ese lugar, él decía que era porque ahí nadie lo alcanzaba, ni le pisaba los pensamientos. Divagaba entre las nubes de su cabeza y regresaba a su casa a la misma hora todos los días, era un ritual imperturbable, que mantenía con el mayor de los cuidados, contaba sus pasos cada día, se ocupaba de dar siempre los mismos, decía que mantener todo en orden le daba un aire de dios.

De todas formas en estos pueblos casi no hay nada que hacer, de pronto por eso le gustaba contar sus pasos, y distraerse con bobadas. No lo juzgo porque cuando uno vive en lugares así le gusta mantener el orden y hacer las mismas cosas todos los días. Yo, por ejemplo, acomodo la silla que me regaló mi Bertica hace veinte años, en la misma posición, a un lado de la puerta, como un puente entre la calle y mi casa; es una de esas mecedoras momposinas que parecen no envejecer o de pronto sí pero uno no se da cuenta porque envejecen al paso del dueño.

La gente no cree que él eructaba flores, yo creo que es porque pensaba mucho y cuando se le llenaba la barriga de tanto pensar se le salían las ideas por la boca y sin permiso. Da la casualidad de que mi casa queda en la última esquina del pueblo. Y yo sí puedo dar fe de eso, lo veía todos los días llegar a la misma hora, y lo escuchaba decirse en voz alta "504 y 505". Se sentaba en el bordillo de la carretera y sacaba un pedazo de papel lleno de garabatos. Yo creo que ahí anotaba todo lo que no quería que le pisaran los demás. Porque él era así, siempre hablaba como si estuviera jugando a las adivinanzas. Antes de que se fuera del pueblo, lo invité a tomar café, le saqué un butaco que era de Bertica y nos sentamos en la terraza, me decía que las nubes tenían algo raro porque cuando caminaba al revés se le metían por la boca y eructaba flores, yo me le reí en la cara y después me quedé dormido, porque esas mecedoras momposinas son un llamado a la somnolencia, eso sí es verdad, por eso es que él nunca me aceptaba cuando le hacía señas para que se sentara ahí mientras yo buscaba el café.

Desde entonces me quedaba perplejo observando las flores caer, tenía mis dudas previo a contemplar el acto; que consistía en un eructo y en cuanto el sonido surcaba el aire caía una flor, el tamaño estaba sujeto al lapso del estruendo una vez cruzaba las puertezuelas de la pequeña cárcel bucal. Las vi de todos los colores y todos los tamaños, lo que ocurría no era como vomitar florecitas, no, era diferente, ellas parecían nacer en el aire, venían de su boca sin forma, y cuando sentían el mundo exterior se transformaban en un ente corpóreo, yo me imagino que ahí era cuando nacían de verdad, porque adentro no hacían nada, más que llenarle la barriga de aire.

La gente del pueblo cree que por eso no le gustaba hablar, y prefería que el aire se le fuera por los huesos antes de abrir la boca, que se aguantaba las ganas de hablar hasta que llegaba a la esquina de mi casa. Les dije que cuando hablaba conmigo no se le salían las flores, que le pasaba cuando estaba solo de aguantarse los pensamientos y tragarse las ideas. De todas formas, nadie me cree porque yo era el único que lo veía eructar florecitas y el único con el que él hablaba.



Foto de Lisa Fotios: <https://www.pexels.com/es-es/foto/persona-de-pie-en-la-pasarela-3473344/>

El día que mi tiempo se detuvo



Gloria Esther Suárez Trillos

*Estudiante del Programa en Tecnología
en Gestión Hotelera y Turística*

Llegaba por primera vez a ese lugar, la tenue y fría luz, el calor, la humedad. De repente me encontré observando todo lo que tenía aquella casa abandonada. Nunca antes había estado ahí, pero parecía como si en realidad lo hubiese hecho, el viento arrancaba las hojas secas de los árboles, me acerqué al balcón, me llamó la atención aquel jardín de rosas rojas en pleno verano, sin una gota de agua y en un lugar tan seco. Entonces quise verlo de cerca y fui al primer piso, mientras bajaba las escaleras alcé la mirada, el polvoriento reloj de la sala aún funcionaba.

De repente escuché una suave voz que me susurró al oído, sin saber qué hacer, seguí caminando sin mirar hacia atrás, mientras recordaba cuando mi madre me susurraba al oído para despertarme por la mañana.

Después de caminar durante horas y sin encontrar aquel jardín, al fin lo vi, era mágico, parecía como si el tiempo se hubiera olvidado de él, como si se hubiese estancado ahí la primavera. Poco después corté una rosa. Cuando me disponía a marcharme vi la silueta de una mujer que pasó, entonces decidí seguirla. Luego se detuvo y vi que entró a la casa donde hacía unas horas había estado yo, la casa abandonada. Me preguntaba qué haría ahí, después escuché un fuerte grito, jamás había oído algo así. Me dispuse a entrar, pero no había nada, subí las escaleras y miré nuevamente el reloj. Con todo lo ocurrido hasta la noción del tiempo había perdido, era ya la noche y el péndulo del reloj marcaba las ocho.

Seguí, y al llegar al balcón, ahí estaba tirada la mujer. Me acerqué a ella, tenía en su pecho un puñal clavado, la miré a los ojos, azules el cielo, y sus labios, rojos como la rosa que aún tenía en mis manos. Le pregunté su nombre, y me respondió tiempo, intenté salvarla, pero no pude, llegó la aurora y con ella su muerte. En ese mismo momento murió, la rosa que tenía en mis manos se detuvo, fue entonces cuando me di cuenta de que mi tiempo había muerto.



Fotografía aportada por el autor